

Shirley F. Farnsworth

Al Rededor

del

FOLKLORE

NACIONAL



Por DORA P. DE ZARATE

27.623
of

Ribintesa Nacional

16 AGO 1949

AL REDEDOR DEL FOLKLORE NACIONAL

Conferencia dictada en el acto de graduación de los cursos vocacionales de la Escuela Profesional, por la señora Dora P. de Zárate.

Ha sido para mí, sumamente placentero el que se me haya designado para charlar con Uds., en un día como hoy, de un tema por el cual siento un hondo interés, es muy posible que queriendo abarcar todos los aspectos, sólo pase rápidamente sobre unos y me detenga en otros, sobre todo en aquél y aquéllos, en que más interesados están los que tienen a su cargo la Dirección de los cursos vocacionales y más, en lo que al tipo de nuestros vestidos se refiere.

He de confesar que he encontrado tanta cosa de valor relacionada con nuestro folklore, que me he prometido a mí misma para ocasión más lejana tratar a fondo el tema, pues me tienta en grado extremo escribir más sobre nuestro folklore mismo, que sobre el problema que pesa sobre él, y que es el tema que nos preocupa.

Ahora, charlemos un rato: A qué hemos de llamar folklore. Qué cosas encierra esta palabra. Hemos de saber que su definición y sus alcances han sido materia de serias reflexiones por parte de sus cultivadores. Su nombre dió lugar en el pasado a discusiones acaloradas; surgieron diferentes denominaciones pero nunca lograron el arraigo que en la opinión universal ha tenido la acepción "folklore" a pesar de su origen anglosajón. Su nombre puede decirse, es relativamente nuevo; pero los hechos que bajo este

concepto se estudian son tan antiguos como el mundo mismo. Es de notar que ya en el siglo III de nuestra era se conocen observaciones de valor a este respecto; más tarde, Herder, filósofo, en su obra "La voz de los pueblos" estudia canciones populares. Alemania en el siglo XIX tiene sus mejores exponentes en los hermanos Grimm con los cuentos que les han dado fama universal. Después cada generación que surge ha sentido más y más, el deseo de ahondar el tema y de hacer del folklore una ciencia.

Otros, sin embargo la han creído empresa de puro entretenimiento y curiosidad, destinada a lo sumo, a satisfacer un gusto estético; pero realmente el folklore, cada vez más, va constituyendo una ciencia que estudia las creencias, las costumbres, las narraciones, los cantos, los refranes que circulan entre el vulgo y todos aquellos datos que puedan extraerse de las clases incultas del pueblo: Sus supersticiones, sus costumbres y sus ritos; las leyendas, los cuentos y baladas; los proverbios y las adivinanzas; en otras palabras, todo aquello que se produce en las esferas intelectuales de la historia, de la literatura y la poesía no escritas, no cultivadas y que, aunque faltas de cultivo, de pulimento son ricas en belleza; en la belleza primitiva y perfecta que surgió de la raíz misma de la propia naturaleza, que nació de las condiciones de vida, geográficas y climatéricas y que son inherentes al YO mismo individual de los pueblos. Y es aquí donde surge el tema, arte folklórico, arte al que nadie podrá negar su valor como arte mismo. Cada pueblo según su estructura tiene su manera de interpretar sus concepciones artísticas; una manera de transmitir la tonalidad de temperamento bien distinta a la de otros pueblos y tan distintas de otros grupos, como las diferencias de matices en la concepción de un asunto entre un individuo y otro. La geografía, la historia, el clima, la economía le marcan sellos inconfundibles. Así, la música, la pintura, la palabra, el vestir, su organización social constituyen símbolos más fuertes de nacionalidad, que la misma bandera y escudo que lo eternizan. Los eruditos, los poetas, los pintores podrán hacer obras basadas en el folklore de un pueblo. Lo estilizarán; le darán la interpretación culta. Se darán entonces, las corrientes de siempre; el mester popular y el de erudición; pero quien no conozca a fondo los matices folklóricos y su valor intrínseco no debe pretender alterar, pues si altera mezclando motivos absurdos y extraños a lo que le es propio, pierde la originalidad y pierde en fisono-

mía nacional lo que salga de sus manos. Si concebir las cosas a través de una persona es perder parte de nuestro YO, de nuestra individualidad, imitar lo ajeno, malbaratar lo propio, repudiar lo nuestro y acomodarlo a lo que no nos ha sido dado, es desaparecer como individuo y como nación.

Mirando lo nuestro, vemos tanta cosa llena de vigor y de espíritu, que los que hemos sentido en carne viva el valor de su emoción, no podemos menos que sentir tristeza, cuando nuestro pueblo, sobre todo el de la ciudad, se deja arrastrar por lo exótico y se derrumba tras el deseo de teñirse con los colores de policromías extrañas a lo nuestro. Eso denota que nuestra población ha dejado de ser lo que era y nuestro YO es una amalgama heterogénea que ha perdido su rumbo y no se encuentra. Si la epidermis permanece fría e insensible ante lo que debe valerle, es porque ya no siente, ni le llama la voz primitiva que ha dejado de pertenecerle; y nos encontramos, entonces, ante un pueblo vencido por extrañas conquistas. Sería curioso plantearnos el problema y pensar en la evolución misma de nuestro pueblo. Tal como se están viendo las cosas no sería bueno preguntarse qué cosa será ser panameño dentro de un siglo? Cada día que pasa notamos cómo se van perdiendo nuestras tradiciones y cómo casi inconscientemente la evolución va sembrando nuevas ideas de patriotismo vinculada solo a la economía, a la política y a la multitud de asuntos exteriores y se nos va olvidando que hay en la tradición cosas que hacen tanto o más patria que una forma nueva de gobierno, un nuevo presidente.

Hagamos un recorrido somero sobre algunas cosas más conocidas: El folklore musical es el más popular por ser el más pintoresco y el que más apela al sentido estético. El arte musical del canto y de la danza popular marca el sello propio a cada país y a cada raza. No dá qué pensar el ver cómo nuestro pueblo se desboca tras el grito selvático de lo afro-cubano y el picor malicioso de las palabras de doble sentido propias de la conga y del son, elementos extraños a nuestra manera de ser. Será más bello decir: "Camina como Chenchá", "Negra, mueve tu cintura", "yo no siento naa" que decir en una cuarteta rústica de una décima perdida:

"Vestida de azul saliste
a competir con el cielo;
también hay en este suelo
ángel que de azul se viste".

c
n
c
f
c
r
t
r
e

Habrá más belleza de evocación en
 “Tengo un tumbaíto
 pa lavá mi ropa”
 que en estas palabras de una cuarteta interiorana,
 “Allá a la orilla de un río
 sentado en un cascajal
 yo vide a una florecita
 al son del agua bailar....”

Hay por allí cancioneros adornados con sonos y guarachas tales como “el alacrán” y “Dame un cachito pa’huele” Oigan Uds. qué poesía....:

“Dame un Cachito Pa’ Huele”
 Ahora que mama no está aquí
 dame un cachito pa’ huele (bis)
 Ahora que mama no está aquí
 dame un cachito pa’huele (bis)
 dame un cachito pa’huele (bis)

Inspiraciones:

Dame cosita pa’huele
 ahora que mama no está aquí.
 A su reyecito prieta
 dale cosita pa’huele,
 Dame un cachito pa’huele,
 pa’huele, pa’huele, pa’huele,
 pa’huele, pa’huele, pa’huele,
 ahora que mama no está aquí
 dame un cachito pa’huele.

A esta letra, grito de Africa y de pueblo sofocado, se une la música de piernas y cintura en la que se oye más el espasmo del tambor y la sequía de los bolos y las botellas; y aquellos golpes con medios ritmos, sin melodía, sofocan también al pueblo, lo excitan y comienzan los paroxismos eróticos exagerados y la locura desenfrenada y vulgar. Es amargo ver al panameño huir de la elegancia del tambor, sin contorsiones eróticas.... Del tambor que es aleteo de hombros, gracia de los ojos, donaire de las manos, risa del encaje que “luce” la pollera, en las mujeres; galanteos de ave, en los hombres; Qué lejos de todo ésto ese meneo que nuestras jovencitas influenciadas por la rumba, quieren introducir en nuestro baile popular. El movimiento de la

cintura y de la cadera en nuestro baile nacional, es apenas perceptible, es pudor, es deseo espiritualizado, es la coquetería de lo que quiere dejarse entrever, es la malicia delicada del que quiere provocar con elegancia y dicho sea de paso, ésta ha sido siempre la que ha surtido efectos, la que nos ha conquistado lo deseado, la que añadirá a su triunfo la palabra ¡siempre! y no la de esos triunfos pasajeros que dirán *ahora*, para decir despues *Ya*. Esto pasa, pues, en nuestra música, en la letra popular, en el baile. Pobre Panamá. No le han bastado sus cuatro siglos de tradición española, ni sus mil y un años de ayer indígena para encontrar un Director que orqueste su música, que monte su música y la imponga. Nuestros Directores y compositores nacionales hacen sonos y orquestan boleros para que nuestro público baile; y cuando tratan de hacer música nuestra, el "Lobo del Son" muestra sus patas negras bajo la puerta.

Revisemos otro aspecto: El vestido. Recordemos que conservar nuestra tradición es clasificarnos con fisonomía propia en el concierto de las naciones y afirmar nuestra personalidad.

Tal como va degenerando la música, el baile, la literatura popular, estamos degenerando nuestro vestido nacional que tanta fama tiene en el mundo entero. Donde quiera que haya pisado una pollera, ha habido unos ojos abiertos de admiración y una espalda que se curva en gesto gentil; pero estoy segura que si seguimos modificando nuestros vestidos a causa de la influencia que ejercen hoy día naciones más poderosas que la nuestra, la pollera, que nos es tan propia dejará de serlo. Las que usaron nuestras abuelas, qué distintas son de las que hacemos hoy. Qué escándalo de ojos sería aquél si ellas se levantaran de sus tumbas y vieran a la joven de hoy, que es capaz de pararse horas y horas descalza en la piscina o con zapatillas de caucho en un cuadro de baloncesto y se niega a calzar la zapatilla de la pollera, que es un zapato bajo, de razo, o terciopelo, porque le duelen los pies y le es incómodo bailar con él; y es hora entonces, de vestir la pollera con la sandalia de cuero o el zapato de china, bordado, que nunca hubieran visto los ojos del Panamá de otras edades. Y luego los peinados!: Hay que hacerse rulos!... La raya en el medio de la cabeza es ridícula! No... Señores, si hemos de vestir la pollera, hemos de hacerlo como debe ser, pues ella tiene su individualidad bien caracterizada. En cuanto al traje mis-

mo es curicso la vuelta que está dando. La tela se pierde bajo el lujo de la labor y es bien sabido que la pollera de hilo, holán de piña o clarín tiene sus medidas especiales y sus labores determinadas. Salirnos de los cánones que legó la tradición no es hacer el traje típico, ni como tal puede ser considerado obra de valor; será un traje inventado por nosotros, que tiene como fondo la pollera, pero no es nuestra pollera.

La pollera está compuesta por dos piezas: la camisa y el pollerón. La camisa tiene sus medidas y el pollerón, las suyas. Tendrá la camisa sus cuatro cuartas de boca, sus cinco de tapabalazo, sus seis de pretina de tapabalazo; su cuerpo de camisa, que deberá dar casi a las rodillas, su manga de forma especial y dos arandelas. La inferior deberá tener dos veces la "brazo" de su dueña y una cuarta de ancho y la superior un cuarto del total, menos que la inferior. En todo esto, la poseedora del vestido tendrá parte muy activa pues todas las medidas se hacen a base de sus manos y de sus brazos. Las labores que se hagan en la arandela deben ocupar apenas un tercio del ancho de la tela. El pollerín tendrá en su primer tramo cuatro anchos y en su segundo el doble y este segundo tramo junto con las trencillas y el encaje, debe tener el mismo largo que tiene la primera parte de la falda. Las labores de la falda, sean las que ellas sean deben ser sencillas y ocupar cuando más, la tercera parte del espacio, pero no pasar de allí. Los hilos no deben ser matizados, sino de un solo color y si se hacen marcas, deben ser labores sencillas sin complicaciones y en un solo tono. Hacer labores cargadas y usar policromía en los hilos, hará caer a la que confecciona el vestido en lo barroco, si esta palabra tiene cabida aquí; todos sabemos que los triunfadores de lo barroco tuvieron que ser verdaderamente geniales para no caer en el ridículo y persistir. Además nuestro vestido, que dista mucho del vestido mejicano es llamativo por él mismo, por su innata atracción y lo novedoso de una labor cargada, no lo hará más bello. Lo mismo sucede con el montuno de Ocu que es el más usado en nuestros carnavales por su policromía y ajuste para ser lucido en una fiesta de alegría como es el carnaval. Esas camisas que aquí hacemos atiborradas, de espiguetas raras y de animales absurdos, no es la nuestra. He aquí una montuna verdadera. La tela es tejida en Ocu y confeccionada allá mismo. Analicemos su forma: Es muy posible que la ignorancia del corte haya hecho costuras

imposibles de aceptar ahora, pero el montuno es así y así como se viste. La camisa es recta, sin la curva de la manga, la hombrera recta, recogido el cuerpo de la camisa en la parte que une al cuello; el cuello pequeño que exige por su entrechez, el permanecer siempre abierto; la labor que se haga, pequeña y curiosa. Los motivos son netamente indígenas. Las líneas rectas y los colores vivos y fuertes en los que campean el azul, el rojo, el verde, el amarillo y el blanco; nada de semitonos, ni de variedades; en donde terminó el hilo, terminó parte de la labor y se sigue otra labor o la misma comenzada con el hilo que el gusto del momento le dicte a la costurera. Es cuestión de iniciativa, de invención, de capricho del momento. Hay pequeños animales también, pero no pasan de dos ejemplares: o son dos caballos, o dos venaditos, pero no hay mariposas ni flores, ni pájaros, ni corridas de toros y menos, señores menos águilas; nosotros no conocemos las águilas; en nuestra fauna no existe eso; apenas sabemos de ellas por las fotografías. Si existe en nuestro escudo es como un símbolo de poder; a menos que las marcadoras, que siempre colocan esta labor en las espaldas de la montuna, quieran darnos a entender que el que las lleva tiene espaldas poderosas. En las espaldas de la montuna, no hay nada, como tampoco hay hilos de colores colocados simétricamente entre los flecos, ni hilos matizados que vienen a dar el tono de los sarapes mejicanos. Eso no es lo nuestro.

Señores, gustar de matices extraños, es un derecho adquirido por el hombre que juzga, pero adquirirlo como suyo, y suplantar con ello lo que posee es renunciar a lo que le es propio. Si nos altera tanto el que se deje a cualquiera de nuestros símbolos también debe alterarnos perder nuestra lengua, nuestra música, nuestra pintura, nuestro vestir. Conservar la tradición que nos legó la naturaleza de nuestro YO es conservar la nacionalidad, e imponernos como nación en el concierto universal. Hacer lo contrario es desteñirnos, perder nuestro carácter, convertirnos en algo incoloro e informe. Si logramos sentir el valor de lo nuestro, este mismo fenómeno debe invitarnos a cavilar: estamos evolucionando hacia nuevos horizontes? Son ellos reales y valerosos? Si la labor de esta escuela vocacional es conservar el valor de lo nuestro, lógico es que se lleve a cabo tal y como lo nuestro es. Si ha abierto un curso para lo que es típico es por su deseo fervoroso de conservar nuestra tradición, que nadie negará que es una labor de patrio-

c
r
c
l
c
l
tismo bien encomiable. Que sea de aquí, pues, de donde
salga la cruzada que ha de imponer y conservar lo típico y
que ha de dar valor a lo realmente nuestro. Que sean Uds.
las que han de formar el regimiento que emprenderá la
campana contra esa invasión extranjera que se filtra casi
imperceptiblemente pero que va conquistando con fiereza,
nuestra música, nuestro baile, nuestros vestidos y aun nues-
tros gustos. Que en cada uno de Uds. haya un soldado de-
fensor que imponga y haga sobrevivir la tradición que nos
legaron nuestros abuelos.



BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA



3 4189 00040 2173